

# **EL ENVIADO**

Roberto Lumbreras

© Roberto Lumbreras, 2020

Texto con registro de propiedad intelectual

Prohibida su reproducción sin autorización del autor.

La **Sociedad General de Autores y Editores**: [www.sgae.es](http://www.sgae.es)

gestiona los derechos de representación de esta obra en todo el mundo.

Para cualquier **información previa sobre la disponibilidad de este texto**

pueden dirigirse al autor: [roberto@robertolumbreras.com](mailto:roberto@robertolumbreras.com)

Personaje:

**VIOLETA**

*Suena un tema musical que evoca el panteísmo, tal vez “En el Jardín de un Monasterio” de A. W. Ketèlbey.*

*Es la hora del atardecer en una pradera. La escena muestra los restos de una iglesia en ruinas. En el foro se proyecta la sombra de una escultura sacra o tal vez una cruz.*

*Aparece una mujer vistiendo ropa cara y luciendo reloj y aderezos de primera marca y llevando un bolso “fin de semana”.*

*Nada más entrar, la mujer se santigua ante la presunta imagen de sacra.*

*La mujer espera a alguien, y entretiene su espera armando un ramo de flores silvestres y otras acciones, lo que hará sin dejar de hablar con la imagen sacra, en un tono de buen rollo paterno-filial, de confianza e incluso de complicidad.*

## **UNA MUJER:**

¿Qué me está sucediendo, Dios mío! ¡Cómo dejas que le esté pasando esto a una recién casada, que además es devota tuya?

¿Me estás poniendo a prueba? Me refiero, claro, al forastero. Dime, Señor: ¿me has mandado tú a este hombre? Porque yo no creo que las cosas pasen porque sí.

¿Qué pretendes? ¿Es acaso un experimento? ¿O quieres decirme algo?, ¿advertirme quizás de que me he equivocado... al elegir a mi marido?

Pero, en este caso, llegas un poco tarde. Aunque no demasiado tarde. Porque ya sabes que no espero hijos. Justo esa noche nos íbamos a poner a encargarlos, pero vimos que la casa no estaba habitable... Sí, la misma noche en que volvimos del viaje de novios surgió el contratiempo. Contratiempo que, por cierto, lleva tu firma: la de una plaga. Sí, la maldita plaga de termitas. A eso me refiero: a tu plaga.

Estoy segura de que tú estás detrás de la invasión que nos ha asolado. Esa marabunta que casi me vuelve loca. Las sentimos la primera noche. Todo el suelo crepitaba. Yo quería llamar a Protección Civil, a los bomberos, a la policía. Y mi marido dejó un aviso urgente a la aseguradora: ¡era una plaga de termitas!

Ya podías habernos estresado con algo menos desagradable. No sé... unos espíritus, unos *poltergeist*... Con todos mis respetos, ¡creo que con la plaga te pasaste tres pueblos, Señor!

Pero volvamos a las termitas (*mira una viga en el suelo, todavía con miedo.*) A pesar del *shock*, he de reconocerte que has sido muy oportuno con tu plaga. Porque yo había venido del viaje de novios con serias dudas. La luna de miel fue para mí muy decepcionante. Aunque, no hay mal que por bien no venga: ¡este viaje ha sido muy revelador para mí! Me refiero a que mi marido ha mostrado su verdadera cara. Sí. Cuando ha tenido lo que ha querido, o sea, yo, el histrión ha dejado de fingir... y el hombre irresistible se ha vuelto insoportable.

En el viaje de novios descubrí que me había casado con un borde. De hecho me ha llamado idiota, y no una, sino varias veces. Y ni siquiera me ha dejado coger el volante del coche de alquiler. Después de todo era un coche de alquiler, yo solo pretendía practicar... Tengo pavor a conducir, y él lo sabe... ¡Cómo para decirle que me dejara nuestro coche nuevo, nuestro caro Jaguar verde inglés!... Y otros muchos detalles que me descubrieron su verdadero carácter.

Por no hablar de nuestra entrada triunfal en la casa... (*Ríe.*) Él me cogió, como manda la tradición, en sus brazos, y... yo notaba que no podía conmigo, que nos íbamos a caer los dos, y así fue: nos vimos los dos en el suelo. Yo no pude resistir la risa. Era ridículo. No me había pasado nada más ridículo en mi vida. Además de algo de mal agüero; de hecho, pensé que nos iba a traer mala suerte. Pero quise quitarle hierro. Le dije: “tranquilo, amor, no importa: podemos aplazar la entrada triunfal para cuando te pongas cachas en el gimnasio”. Y ya sabes lo que dijo él, recuerda cómo me insultó:

“Sí, ¡y para cuando tú bajes esos kilos de más que has cogido en la luna de miel! La tarta nupcial fue sólo el pistoletazo de salida. Ya te dije que no te pasases en los restaurantes. Eres una glotona”.

Y algo de razón sí que tenía. Yo cuando me aburro caigo en ansiedad y me pongo a comer. Me he aburrido hasta en mi luna de miel. Lo que es ya el colmo. Mi marido no me provoca más que aburrimiento. Otra prueba de mi errada elección.

También, Señor, has sido muy oportuno con la aparición de tu hombre, tu enviado. Porque estoy segura de que has sido tú quien nos ha mandado al forastero de mi obsesión. El fornido y alto hombre llegado de Krypton bajo el disfraz de un operario experto anti-plagas. El hombre que, a su vez, ha venido disfrazado y camuflado con un mono de paracaidista del ejército.

Todo ha sido tan natural e inocente, pero tan imparablemente poderoso que, indudablemente, lleva Tu sello.

Porque este operario tan varonil y eficaz tardó 24 horas en realizar su trabajo garantizado. Y, al cabo de la jornada, nosotros le pagamos en el momento. Y nos despedimos de él educadamente. Y ahí debería haber acabado todo. Pero no. Ahí no acabó todo.

El hombre siguió por ahí. Quiero decir que ha seguido por aquí, merodeando por la urbanización, merodeando nuestra casa y... merodeándome a mí.

Y, sí, es verdad que fui yo quien le ofrecí que se sirviera él mismo del frigorífico. Y le dejé cargar el teléfono móvil.

Y, cuando acabó la faena, le permití ducharse en nuestra casa. El hombre estuvo trabajando intensamente las 24 horas sin salir de allí. El hombre estaba empapado de sudor. Iba a pernoctar en una roulotte. Iba a estar de guardia, por si las termitas... Y, claro, no iba a ducharse con la manguera de riego... hubiera sido impropio; me refiero a algo escandaloso: mis vecinas tienen niños y son unas envidiosas, quiero decir chismosas; las vecinas nos hubieran denunciado.

El hecho es que el hombre me pidió que si se podía duchar, y se duchó. No me hace falta pedir permiso a mi marido. Yo puedo tomar también decisiones. Y el hombre se metió en mi baño. Es el que más cerca está de las escaleras. Debí de indicarle que usara el baño de mi marido. Pero, cuando reparé en ello, el hombre ya estaba dentro con el cerrojo echado.

Sí, ya sé que hay hombres que se la cascan en la ducha. Por eso, desinfecté luego todo con *Sanytol*. Soy la primera a quien no le gusta que nadie entre en mi baño, ni siquiera mi marido. Los hombres también fisgan: fisgan los cosméticos, los perfumes, nuestros trucos de belleza... Y todo eso es algo muy personal. Y aún hay cosas más pudorosas, quiero decir íntimas. Como el cesto de la ropa sucia. El cesto de mi ropa fue algo en lo que tampoco reparé; de otro modo, lo hubiera sacado antes de que el hombre entrara.

Esto no se lo he dicho a mi marido. Lo que sucedió es que el hombre fisgó en el cesto de mi ropa sucia. Fue el único incidente. “Un reprobable abuso de confianza”, pensé. Porque por la mañana yo había echado al cesto un sujetador de lencería francesa con las braguitas correspondientes. De color visón, para más señas. Y, cuando el hombre se fue, ya no estaban, ni el caro sujetador Aubade, ni las braguitas a juego.

En ese momento, no le pedí explicaciones. No, no lo hice: me había quedado en *shock*. Porque, para mí, lo peor no era el hecho del hurto. Lo peor es que me sentía decepcionada, decepcionada de él. Yo me había formado una idea de él más... bonita, idealizada. Porque este hombre me había salvado la vida contras las termitas. Este hombre no podía ser un perverso. No había en él ninguna vibración que no fuese positiva. Era un tipo puntual, guapo, eficiente, atractivo, trabajador, sexy... Y por eso reconozco que yo seguía resistiéndome a pensar que mi salvador era un perverso, un sucio.

Pensé, para disculparlo, que estos rudos hombres de milicia están acostumbrados a requisar todo lo que encuentran a su paso, pero sin malicia. También pensé que quizás las hormonas de mis prendas le apelaron... y luego él destapó el cesto... y entonces mis estrógenos subieron como una cobra, hipnotizándolo.

Podía haber pasado por alto el incidente, como incidente aislado, como daño colateral de tu plaga, Señor. Pero no. Estaba en juego mi dignidad. Y decidí ir hasta el final, enfrentarme al hombre y dejarlo todo zanjado.

Al día siguiente el forastero seguía allí. Con su *roulotte* aparcada en la inmediaciones. Y fui a buscarlo. Llamé a la puerta. Y él enseguida abrió: estaba esperándome. Quiero decir que sabía el motivo de mi visita. Y me tenía algo preparado. Como en una fiesta sorpresa. La sorpresa era que el hombre me había comprado otro “dos piezas” de lencería francesa. De la misma talla. De la misma gama. De la misma marca: Aubade. Envuelto en papel de regalo; dentro de una lujosa bolsa; comprado en una boutique oficial de la marca. Él no había pretendido ocultar su hurto. Él sabía que yo acudiría a pedirle explicaciones. Como así hice. Y él me dejó de nuevo flasheada...

Está visto que no se puede pensar mal de la gente del ejército, de un héroe de guerra: no tiene sentido que alguien que se ha jugado la vida por un ideal vaya a cometer delitos ni hacer ordinarieces. Él sólo había querido halagarme sutilmente, por medio de símbolos. Él quiso decirme que se quedaba con la prenda más valiosa, porque el valor añadido de la lencería francesa era mi olor, mi esencia, yo. Él sólo buscaba decirme que yo le gustaba, que le atraía, con esa poesía animal que gusta la milicia.

Y así quedó el incidente zanjado. Mi marido no supo nada. Odio entrar en discusión con mi marido. Porque al final me hace sentir como una mierda. Conozco muy bien a mi marido: ocho años de novios, viéndonos todos los días. Y, sobre todo, le he acabado de conocer en el viaje de novios. Mi marido se hubiera reído de mí. Mi marido me hubiera llamado creída e idiota. Hubiera pensado que yo quería darle celos con mis insinuaciones. Que era una nueva forma mía de manifestar mi coquetería, de mendigar su atención, si por ejemplo le digo: “el forastero se ha llevado mi esencia más secreta e íntima...”. Mi marido me hubiera dicho:

“No seas paranoica, cariño. Esos rudos hombres solitarios e inadaptados suelen calmar su ardor sexual en viajes a Tailandia que organizan con sus antiguos camaradas”.

Conozco muy a mi marido, han sido 8 años de novios.

Y si yo hubiera insistido con otras pruebas como... no sé... si por ejemplo le hubiera preguntado:

“¿Y entonces, por qué ese hombre no ha bebido directamente del grifo y ha preferido usar mi vaso del agua, mi vaso perfectamente marcado con el rouge de mis labios?... Marcados de mi carmín hasta que el hombre bebía y lo borraba, claro: porque el hombre bebía sistemáticamente por la marca de mis labios. ¿Qué pasa, que al hombre no le gustaba el agua insípida...?”

*Se sonríe, ufana. Sería de pronto.*

Si yo hubiera apoyado mi tesis con estas otras pruebas, mi marido, lo conozco muy bien, no sólo no hubiera entrado al trapo, sino que me hubiera dejado el tema bien zanjado. Con una afirmación letal. Dejándome fuera de juego. Dejándome en ridículo. Sí, mi marido a veces usa la inteligencia para evadir problemas y disimular, pero otras veces la usa para dejarme fuera de juego y hacerme sentir como una mierda. Mi marido me hubiera dicho:

“Cariño, no seas tan creída, y súbete tu autoestima quedándote embarazada de una vez. Así serás de nuevo el centro del universo. Inicia ya tu etapa de mujer ejerciente como tal. Quiero decir que aproveches tus reglas y tus óvulos aún en forma para hacer algo realmente útil y estimable. Tienes que perder el pánico a perder tu buen tipo de soltera y a sentirte gorda como una vaca. Pierde tu pánico a la palabra vaca.



“Ah: y atrévete a dejar las oposiciones, cariño. Porque tú no quieres en realidad sacar las oposiciones. No te mientas. Las oposiciones te sirven para seguir diciendo a la gente que eres estudiante. Las oposiciones te sirven para aferrarte a tu juventud en retirada, para seguir conservando cierta aura de jovialidad funcional. Tienes que perder el pánico a que te llamen ama de casa”.

Eso es lo que me habría contestado mi marido.

Pero yo lo tengo muy claro. Me refiero al porqué de todo el cúmulo de acontecimientos encadenados y para nada fortuitos. Comenzando por la plaga de termitas. Y por tanto, yo no tengo ningún complejo de culpabilidad sobre lo sucedido.

Yo no tengo la culpa de haber entrado en pánico. El hombre levantó la tarima y la *boiserie* de la planta baja y aparecieron millones de bichitos diabólicos. Yo no tengo la culpa de haberme puesto a gritar histérica... de haber gritado “socorro”... de haberme subido a la mesa de la cocina y de haberme puesto a llorar cuando me vi rodeada de esa plaga.

Ni tampoco ese hombre tuvo mala intención al bajarme de la mesa, al cogerme en sus brazos para sacarme de la casa y dejarme tumbada sobre la hierba del jardín.

Él me sacó del peligro y me llevó volando a un sitio seguro. Eso es todo lo que hizo. Así me quedé yo muy calmada. Porque él acudió con flema pero con decisión y con seguridad hasta la cocina. Y sin preguntar a nadie supo que tenía que cogerme en brazos y llevarme por el aire fuera del peligro... El hombre no pretendía nada. Te juro que el hombre no me llamó “preciosa”, ni me dijo “qué polvo tienes”. Él sólo me cogió por mis muslos y por mi espalda, y sin perder un segundo en cortesías, me sacó enérgicamente al jardín y me dejó en el suelo, sin más, en el suelo pero a salvo, llorando y gritando descalza y en bata, pero fuera de peligro.

Allí, sobre el césped, seguí llorando quince o veinte minutos, hasta que se me pasó.

Me había hecho bien su decisión... y su seguridad... y la fuerza de sus brazos. Quiero decir que la firmeza de sus brazos me había hecho sentir confiada y segura. Lo que no había conseguido nuestro fiero perro guardián. El tonto rottweiler no había ladrado a las termitas, no: se había puesto a olerlas tontamente y luego se había vuelto a su caseta a vigilar la calle.

¡Pero peor se portó mi marido! Mi marido ni siquiera hizo nada por estar conmigo. Le llamé por teléfono, pero pasó de mí. Esto... esto creo que fue peor que la propia plaga de termitas... Y esto es lo que me sacudió, lo que me abrió definitivamente los ojos...

Recuerda, Señor, cuando llamé a mi marido por teléfono aterrorizada por la plaga. Recuerda que él no lo dejó todo por mí. Recuerda que no vino a salvarme. Recuerda que se excusó, como siempre. Recuerda que me dijo:

“Cariño, voy a entrar en una reunión. Tranquilízate, en dos horas ya estoy de vuelta, te quiero, *bye*”.

¡Y el hijo de la gran puta me colgó el teléfono!

*Se detiene unos segundos, pensando intensamente, con las manos en las sienes y los ojos cerrados.*

*Abre los ojos, cuyas lágrimas se quita mecánicamente con los dedos, y vuelve su confesión.*

El hecho es que el forastero estuvo seis días sin permitirme sosiego... llenando mi mente de fantasías y, de lo que es peor: de dudas.

Yo, Señor... Yo antes tenía las fantasías lógicas, las fantasías inevitables que tenemos todas, si por ejemplo vemos la película *Gladiator*... Pero ahora las fantasías son tan reales, que las puedo palpar, que podría describir a qué huelen y a qué saben...

Ahora son unas fantasías muy... comprometidas e incómodas.

Y las ha desatado él. Me refiero al hombre que me has enviado, el forastero con el que no has dejado de ponerme a prueba. Como la fantasía más recurrente: la de la dominatriz...

Sí, una dominatriz... Las dominatrices no son una orden de monjas, bien lo sabes. ¡Oh, no te referiré los detalles! ¡No he mandado a paseo a mi confesor para volver a referir a nadie detalles morbosos!

Además, Tú lo sabes todo. Si te confieso esto, obviamente no es para informarte: sino para que Tú me aclares lo que exactamente quieres decirme, para que me guíes,

Señor... Y, si te lo digo en voz alta y con cierto dramatismo, es para darle a mi confesión un énfasis acorde con el grado de trastorno, de desestructuración y de terremoto físico y moral que están sufriendo mis buenos propósitos, mis creencias y convicciones, mis juramentos en el altar... y hasta el conocimiento que tenía de mí misma, o más bien que creía yo tener.

¿Por qué, dime, Señor, por qué con mi marido ya no siento lo de antes...Y, en cambio, con este otro hombre...? Sí, con el hombre que me has enviado; el del Ferrari con la roulotte; este hombre de paso; el hombre nuevo que ha estado rondando mi vida y nuestro chalet desde hace seis días...

Ya habrás visto que el forastero me pide todas las noches que le cargue el móvil. Por cierto, un móvil al que no paran de llegar *whatsapps* de un grupo de ex paracaidistas, con *selfies* en sus hazañas de parapente... o junto a unas azafatas de carreras de coches. Unas mujeres muy jóvenes y guapas, lo reconozco... pero con unas ojeras de no haber tenido sosiego en tres noches seguidas... Apuesto a que ninguna de ellas tiene estudios superiores. ¡Se creerán que su aspecto frutal será eterno!

*Gimotea. Se sobrepone. Coge aire. Suspira.*

No entiendo nada, Dios mío: nada.

¿Por qué, Señor, si hasta ahora me gustaba que mi marido usase ropa cara y clásica, acorde con nuestra forma de vida elitista... Por qué demonios me he ido a fijar en un tipo que lleva una chupa de cuero negra, tan ajada y curtida por la vida?

Y, si siempre he aborrecido a los macarras y marinos con tatuajes, ¿por qué no he sentido rechazo a los tatuajes de este hombre? ¡Lleva por lo menos quince! Y cada tatuaje tiene una historia. Podría decirse que su cuerpo es el mapa de su biografía. Como si no se arrepintiese de nada de lo vivido. Aunque también tiene un tatuaje con sus planes, él tiene el sueño de crear una empresa de deportes de riesgo: buceo, parapente, esas cosas...

¿Por qué, si siempre me ha gustado la etiqueta, las formas, las buenas maneras en los hombres y el saber estar en familia y sociedad... Por qué, señor, he ido a poner mis ojos en este tipo que va tan de sobrado y es algo rudo y nada diplomático... y yo diría que un poco mandón y petulante... y por supuesto tan individualista y poco hogareño en su modo de vida nómada?

¿Por qué, ahora, el marido que me es devoto e incondicional ya no tiene para mí aliciente y me parece meloso, cargante, facilón, aburrido, predecible... y todo menos estimulante?

¿Por qué el marido educado que me pide todo por favor, ya no me interesa como este forastero que toma todo sin pedir permiso como un niño egoísta y me pone tan... tan en crisis de fe, o mejor dicho, en afirmación carnal? Sí, en una incandescencia húmeda de hembra cavernaria... y otros atavismos que me ahorro decir.

Y todo esto es muy incómodo y difícil de aceptar para la sofisticada mujer por la que me tengo, o al menos me tenía..., la mujer que se disponía a disfrutar de la rutina de su tan bien planeada vida de casada.

El caso es que, desde que este tipo apareció en mi vida hace seis días, parece que el ser excepcional sea él: ¡un forastero nómada que va de aquí para allá con un deportivo de segunda mano, tirando de una roulotte de feriante! Sí, siento que él tiene algo, un don, algo especial, algo en lo que prefiero no indagar..., pero que me obsesiona.

¡No sé por qué me están sucediendo a mí estas cosas que me rompen todos los esquemas...!

Por ejemplo, cuando el forastero entró en nuestro jardín para pedirme si le podía recargar la batería de su móvil... y no temió a nuestro temible perro guardián. Ni el propio perro le ladró. Ese rottweiler que se pasa el día ladrando, ¡a él no le ladró!

Pero no he querido idealizarlo por esto. Quizás, racionalizando, resulta que sus poderes son simplemente los poderes de su auto-dominio, el poder mental de su autocontrol, para no emitir adrenalina que ponga en guardia a nuestro perro asesino. Quizás sea eso nada más. Cuestión de química.

Pero lo cierto es que estoy todavía impresionada. Pues este tipo es el primer hombre a quien no acojona y a quien no ladra nuestro rottweiler de sesenta kilos. Es como si nuestro perro me dijese: "el forastero merece la pena, me cae bien, porque es de fiar y los tiene bien puestos". Es como si el rottweiler reconociese: "con tipos como éste no te hace falta ningún rottweiler".

Incluso, a la mañana siguiente, nuestro rottweiler no se inmutó cuando el tipo entró en contacto físico conmigo. Lo que, quiero aclarar, se produjo accidentalmente. El hombre entró decidido a recoger su móvil, y yo me resbalé en las losas de pizarra, porque estaban encharcadas con el riego... Y también, confieso, porque yo me había puesto

unos zapatos de tacón alto para impresionar al forastero... o al menos no parecer tan baja a su lado.

Y entonces, el caso es que me resbalé y me vi en el suelo y su móvil se me cayó en una losa y se desarmó en varias piezas.

Y entonces el hombre, primero me ayudó a levantarme, con el mínimo contacto; quiero decir, sin aprovecharse, sin ser sobón... Y con los toques justos y eficaces hizo que yo me pusiera en pie.

Y luego me apartó con su mano mi flequillo despeinado, me miro a los ojos con seguridad y limpieza... y me preguntó si yo estaba bien.

Y yo le dije, disimulando el dolor y la vergüenza, que sí, que muchas gracias, que qué patosa era y que, si estaba roto su móvil, nuestra póliza de Seguro Premium de responsabilidad civil le podía...

Pero él no dejó que acabara la frase, porque me puso su dedo índice cruzando mis labios, y me dijo que, tranquila, que sólo era un móvil viejo y de gama baja. Fue como si él dijera:

“¡Al diablo la puta póliza Premium de la gente pija-guay! Me la suda la indemnización. Yo me he jugado la vida: nada material me importa. Si acaso, lo único que me pagaría, es un beso tuyo”.

Esto no lo dijo, aclaro, simplemente me encaja en él. Estoy tratando de reconstruir lo que un tipo como él pensaría, lo que hubiera pensado o dicho.

Y, volviendo a la escena de lo ocurrido, él mismo recogió las piezas del móvil y las ensambló en un santiamén. Y, sin verificar si funcionaba, se lo guardó en el bolsillo de sus tejanos. Y luego se despidió: de mí con una sonrisa intensa; y del rottweiler con un silbido.

Y entonces yo no pude evitar imaginar en la misma situación a mi marido: mi marido me hubiera montado un numerito, hubiera hecho de ello un mundo, hubiera dramatizado y me habría llamado “patosa”.

Por eso, yo, en vez de rezar para que el forastero se fuera a comprarse otro móvil y no volviese más por aquí... yo recé para que ese móvil viejo no se hubiera roto... yo recé para que, al anochecer, el hombre me volviera a traer su móvil con la petición

meramente cortés de que se lo recargara, como llevo haciendo desde el primer día, en el discreto enchufe de mi baño.

He dicho de él “meramente cortés”, porque nunca nada suena en él a ruego ni él tiene que insistir en la exposición de sus deseos... Y desde la primera vez él siempre está seguro de que yo no se lo voy a negar: por eso digo que sus peticiones son meramente cortesés.

Pero no quiero decir que su cortesía suene hueca y a falsa retórica, no. Es como si el tipo fuera cortés sólo para no herirme, para no hacerme sentir violenta. Sí, eso es: es una extraña cortesía del fuerte, del que sabe cambiar de código dependiendo de si tiene ante sí a un machito o bien a una mujer delicada, educada y sensible como yo... Pero en el fondo él sabe, huele, que sería innecesaria esa cortesía. Lo huele, sí, he dicho “huele”. Cada vez creo más en que todo es cosa de química.

Esto, cuando él pide algo, claro. Porque normalmente no pide: lo coge; lo toma con la seguridad de quien lleva la iniciativa de forma acertada. El hombre no se lo plantea, todo en él fluye naturalmente, con suavidad... con la misma suavidad con la que maneja su potente auto.

Y sigo con las fantasías. Y con la pregunta que me tuvo insomne y que elevo ahora a ti, Señor, suplicando una respuesta:

¿Por qué me veo en una placentera fantasía junto al forastero y a un perrito chiguagua, jugando los tres en una playa, y al fondo la roulotte...? ¿Por qué en esa fantasía no está nunca presente mi marido? ¿Por qué no existe mi marido, al igual que han desaparecido todos nuestros planes... me refiero a los proyectos que habrían de atarnos más, como el de la compra de un apartamento en la playa o el más importante: el de tener nuestro primer bebé? ¿Por qué no aparece un rottweiler, sino un perro chiguagua vestido chistosamente de bebé? ¿Será que ya no necesito el rottweiler? ¿Será que ya no necesito el bebé?

¿Por qué con estas películas que me monto con mi rudo Cocodrilo Dundee me siento como en la gloria? En la gloria: como si flotase en un sueño adictivo de paraísos y caricias y ronroneos sin fin y que llenan mi coco de endorfinas hasta que me salen pompas blancas y espesas como esputos sexuales hasta por las orejas...

Perdona la expresión, Señor. Pero, entre una hija pecadora y un Padre cómplice, no debe haber reticencias.

Y otro ejemplo. Otro ejemplo que todavía me tiene pensando y somatizando. ¿Por qué, Dios mío, si yo no soporto que mi marido lleve la raya del pelo torcida, me he ido a fijar en un tipo que tiene el tabique nasal torcido de algún “hostión”, como diría él?

O, ¿por qué razón, Señor, si llevo toda la vida recriminando a mi marido cuando se le escapa una palabrota..., por qué las de este otro tipo se las escucho sin inmutarme, por qué me hace gracia cuando habla tan basto y sin cortarse un pelo? Y cuando me ocurre esto, me río y no me reprocho ni me acuso a mí misma: “¿y tú eres la doctora en filología, la entendida en Cortázar? Aunque, si profundizo y me analizo, veo que hay algo en común entre mi forastero y el autor objeto de mi tesis doctoral. Porque, siendo honesta, si yo admiraba a Julio Cortázar no era por su novela *Rayuela*... Yo no lo amaba en realidad intelectualmente, cuando me encerraba en el baño a escuchar sus grabaciones, y su erótica lengua argentina me lamía, y su juvenil erre arrastrada me hacía vibrar a mí también... Yo amaba al Cortázar pornográfico, al Cortázar ligón, al Cortázar caliente y superviviente en el frío París, al Cortázar de ojos vivos y vitales, al Cortázar lúdico y fuerte de uno noventa de altura... Porque mi deseo por el hombre grande superaba mi admiración por el gran hombre. Y no es un mero juego de palabras.

No sé lo que me pasa. Me siento como drogada, enloquecida, apijotada. Voy de aquí para allá, planeo cosas sin sosiego, me desvelo en la noche y ando soñando por el día. Digo y hago cosas antes impensables en mí. Creo que he cambiado. No, definitivamente no soy la misma... O quizás es que ahora me he descubierto, que ahora me estoy conociendo.

¿Por qué si a mi marido le he tenido a raya en el noviazgo, conminándole a que se comportara, a que no me silbara, ni me guiñase el ojo..., y a que reprimiese esos arrebatos de pasión... esos arrebatos de agarrarme de repente por detrás y sobarme el fino jersey de angora blanco justo a la altura de los pechos...? ¿Por qué si le he tenido a mi novio como en una oposición, ganándome día a día hasta la triunfal toma de posesión...? ¿Por qué, entonces, Señor, a este tipo advenedizo, caído del cielo, tu enviado, le he pasado por alto tantas cosas... por qué le he permitido, sin rechistar, que me haya preguntado a bocajarro la edad... y yo se la he dicho como si respondiera a mi profe de matemáticas... O por qué no he dicho ni pío, en aquella ocasión en que yo me quejé del calor y, de pronto, inesperadamente, él me agarró el pelo sin mi permiso para hacerme una coleta?

Sí, me hizo una coleta para mi sorpresa con su mano... con esa segura firmeza con que su mano lo toma todo. Pero he de decir que me lo ha hecho con suavidad... Con

esa diestra suavidad con la que me toca, el hombre ha agarrado mi pelo y me ha hecho una coleta con su pulserita elástica verde de los “paracas”. Y ha sido una deliciosa maniobra sorpresiva, que ha dejado mi cuello esbelto a merced suya... y también mis orejas, perfectas y tentadoras, aderezadas con pendientes Cartier... y todo perfumado también con un perfume Cartier.

De forma que todo ha quedado a placer de su olfato. Un olfato no tan primario como podría haber imaginado, pues él ha captado toda la sofisticación y voluptuosidad de perfume francés... y me ha preguntado qué colonia usaba. Y yo se lo he dicho temblando... Pero no se lo he dicho en francés, no: yo no le he dicho “*Baiser Volé*” de Cartier, sino que se lo he traducido al español, “*Beso robado*”....

Le he dicho “Beso robado”, con la temeridad, quizás querida y calculada por mí, y por tanto no tan temeraria, de darle ideas... quiero decir, de que el hombre volviese a tomar, sin preguntar, lo que le apeteciese, como hace de costumbre, pero sabiendo muy bien los límites... Cuestión de instinto. Y yo también ahora creo que me he pasado al bando del instinto: del instinto que tú, Señor, me has dado.

Aunque, he de decir que una vez más el hombre me sorprendió con su autodominio. Porque él no consideró que aquel era el momento para robarme un beso. Y no quiero pensar que yo no le resultase apetitosa. Ni lo pienso, ni lo creo: pues yo percibí el soplo de su aliento, tórrido y demorado en mi cuello, al proferir su “¡uhmmm!” , como un verdadero orgasmo olfativo.

Aunque lo cierto es que olió el “manjar”, pero detuvo la ofensiva. Sí. Como si su aséptica y helada colonia de barbería hubiera contrarrestado la tórrida sensualidad de mi perfume Cartier.

Y es que él es, a su manera, un caballero; vintage, algo primario y rebelde, pero con un “niño interior” limpio, que le dice al oído lo que debe hacer con una dama: en este caso, que no debe hacerme el amor en el coche, a la vista de todos, incluido mi marido... sino, si acaso, en un motel, con su calefacción, con su agua corriente y su calentador, como Dios manda.

Y hablando de “limpio”. ¿Por qué, Señor, si un hombre huele a jabón y a limpio a mí me provoca el deseo de cometer actos impuros? ¿Por qué, Señor, me atormentas con tus paradojas?

Aunque no sería justo que yo me echara todas las culpas. Porque el hombre que me has enviado, también dio pie para que yo fuera tan... proactiva.



Me estoy refiriendo a que el forastero me piropea.

Y también tengo que referirme a... cuando me tira los tejos.

Por ejemplo, cuando yo le pregunté, posesiva y algo celosa, en qué estaba pensando tan evadido y sonriente: si pensaba, tal vez, en las chicas de las carreras de coches.

Y él, con toda su naturalidad y fluidez, como si tuviese el cerebro y la lengua impregnados de gel lubricante Durex, me confesó, muy natural e imperturbable, que en lo que estaba pensando es en... en que me follaba por todos mis agujeros.

Sí: "por todos mis agujeros". Eso dijo. Y yo no me lo podía creer, pero lo cierto es que me sonó totalmente natural y verosímil.

Y yo, tonta y confundida, no sólo no le llamo al orden y le pregunto por qué clase de mujer me ha tomado, y qué clase de jueguecitos me está proponiendo... Sino que, encima, me hubiera gustado seguirle la corriente, con su mismo descaró... me hubiera gustado preguntarle..., que me aclarara... si en ese juego suyo se aceptaba "boca" como agujero.

Hoy mismo he fantaseado, que él me lo confirmaba. Lo que me imaginé a continuación prefiero callarlo.

Todo esto, Señor, me va a volver loca. Me está volviendo loca, de hecho.

Y es que duermo fatal, y por el día me agoto justificándome, reprimiéndome o desahogándome: y no me refiero a desahogarme llorando. Me refiero a que..., bueno: lo de las grabaciones de Cortázar.

Nada tiene ya lógica. Todo es capricho. Azar. Química...

Pero este hombre no es un capricho. Yo soy muy caprichosa, lo reconozco, pero mi forastero no es un capricho... En todo caso el capricho fue mi marido..., el marido del que resulta que he estado encaprichada durante ocho años. Un capricho es algo leve. Un capricho no se necesita. Lo que realmente se necesita te deja insomne, te hace aullar, llorar, convulsionar, sentirte apijotada... y luego culpable.

He pasado estos seis días deseando y a la vez temiendo que se fuera el forastero, como si yo deshojase una margarita... una margarita que era más bien una ruleta rusa.

¿Por qué, Señor, si yo decidí un día tener un noviazgo formal con un tipo de buena reputación y de buena familia... Si incluso mi padre contrató en su día una agencia de detectives para comprobar la honorabilidad de mi novio...? ¿Por qué si yo siempre he soñado, y te he pedido y te he dado las gracias por unir mi destino a un tipo irreprochable, brillante y de ojos tan azules como los míos, el hombre con el que, de hecho, me acabo de casar...? ¿A ver por qué, Señor, ha sido aparecer este otro hombre, derrapando con su descapotable, andando como si llevase un revólver en cada pierna, esgrimiendo su sonrisa como un salvoconducto, y presentando su mirada como una tarjeta Visa de crédito ilimitado...? ¿Por qué ha sido aparecer ese hombre y yo me he visto sentada en su cupé para “dar sólo una vuelta”... Una vuelta que no sé por qué locura en mi fuero interno he deseado que fuera una vuelta al mundo, una larga e interminable vuelta al mundo, los dos, sólo los dos en su cupé rojo y su roulotte?

Y, ¿por qué no me ha importado nada que me vieran los vecinos montada en su coche junto a él... por qué me ha dado igual que fueran con el cuento a mi marido?

¿Por qué me he visto sentada en el deportivo con el tipo, y todo lo que me ha preocupado es que yo le fuera a desteñir el asiento de piel de su Ferrari..., que yo echara a perder la tintura de esa cara tapicería roja, yendo yo mojada como me notaba que iba... y más mojada me iba poniendo conforme se mezclaba el olor a gasolina del Ferrari con la básica colonia de barbería de aquel tipo, y con su sudor fresco de intensos trabajos a domicilio... y caballerosos cambios de rueda a señoritas tiradas en la carretera?

¿Por qué, Señor, ese hombre que huele a jabón y a limpio me hace pensar en cosas sucias?

Creo que estoy... creo que mi forastero me tiene ya loca.

Y es que tampoco me explico, hablando de perfumes, ¿por qué si yo le he comprado a mi marido esas exquisitas colonias francesas del nuevo hombre inteligente-emocional..., me refiero a las modernas y amorosas colonias atalcadas y con su toque de rosa y de vainilla dulcecita, que evocan al hombre del futuro... resulta que a estas alturas de mi vida descubro que prefiero una colonia *vintage* de barbería con un sólido olor a jabón y a fresca menta, a tosco musgo y a agreste lavanda? O, ni siquiera eso, ni siquiera una colonia. Porque quizás este hombre, que vive a su puta bola, use el *aftershave* o el mismo desodorante como colonia... y sospecho que también lo use como ducha, aseándose “a la francesa”, lo que sería muy lógico en su libertaria vida

de *roadmovie* sin freno ni fin, tal como un cosaco o un tuareg o cualquier otro moderno jinete del asfalto...

¿Por qué, Señor, qué me está pasando...? ¿Por qué juegas conmigo, por qué me tienes como una cobaya de tu experimento social o evolutivo... o por qué permites que el diablo juegue con tu sierva, por qué?

¿Por qué, si yo siempre quise tener un hogar como el que tengo... con un buen sistema de seguridad anti-merodeadores... un hogar con un video-portero para comprobar que es mi maridito llegando del aeropuerto... Si siempre quise un hogar en una urbanización exclusiva, con muchos armarios empotrados llenos de ropa cara, un hogar grande y de alto *standing*, soberbiamente amueblado y cálidamente decorado con muchas cenefas y molduras, sin olvidar la chimenea francesa presidiendo el gran salón...; un hogar ideal para las reuniones de nuestro club "Mujeres por la Familia y los Valores Occidentales"...? ¿Por qué si siempre me he imaginado en mi hogar leyendo o tocando el piano en el saloncito, resguardada del frío y del viento, que estropea mi cutis...? ¿Por qué, dime Señor, estoy ahora considerando, pero, considerando muy seriamente, considerando a cada minuto, considerando con ansiedad, quiero decir mordiéndome los labios hasta hacerme sangre...? ¿por qué estoy planeando largarme de mi "dulce hogar"?

Sí, largarme con ese desconocido que no me promete ninguna quietud ni confort, sino una *roulotte* estrecha tirada por su deportivo de segunda mano; una vida de camping en camping o, peor aún, de acampada libre en medio de peligrosos descampados... Peligrosos descampados que él parece sin duda no temer, como si llevase un arma bajo la chupa, o un puño americano en el bolsillo, o más seguramente tenga la mano muy larga, a la vista de las terribles cicatrices de sus nudillos...

Es como si a él no le diera miedo nada...Y, sin embargo, no fuese exactamente un temerario... Porque quizás, o más bien estoy segura, de que él siempre estará muy confiado en sus propias fuerzas... Porque él es totalmente consciente de que, por las malas, es más salvaje todavía que ningún salvaje, y más peligroso que ningún peligro...

Y lo peor es que su peligrosidad no me asusta. Y no sólo no me asusta, sino que "me pone"... quiero decir que me pone cariñosa hacia él; vamos, que me pone cachonda; o dicho menos groseramente, pero más directamente: que su peligrosidad me infunde ganas de que él me haga un hijo... en un futuro, claro está... un hijo que se parezca al él y no a mi marido, obviamente.

Esto lo digo automáticamente, tal como lo siento... Es lo primero que me viene a la cabeza. Intento no pensarlo, desde luego, pero es que es superior a mis fuerzas.

A esto me refería, Señor, en esto pensaba cuando te decía que tu aviso había sido tan oportuno... que la plaga y tu enviado habían llegado un poco tarde, si bien no demasiado tarde...

Me es imposible evitarlo, el lenguaje de mi cuerpo no miente. Porque a estas alturas de la vida yo ya estoy familiarizada con ciertos síntomas. Como, por ejemplo, si mis glándulas de Bartolino, que por cierto tú me has regalado... si esas glándulas, hechas con tu buena ingeniería, me avisan de que ya estoy lista... Sí, estos, digamos, “grifos” de bañera humeante, me comunican discretamente: “La señora tiene ‘eso’ ya preparado”...

Y también experimento algo más mental, incluso espiritual. Me estoy refiriendo a una poderosa manifestación reveladora, a una auténtica epifanía..., epifanía que me empuja, que me conmina a cambiar de vida y a seguir a un “mesías”.

Y me doy miedo. Sí, Dios mío, esto es lo que más miedo me da. ¿Por qué? Pues porque me siento muy capaz de ello: de irme, de largarme, de mandar todo a la mierda.

Definitivamente no me reconozco. Pero, si te soy sincera, sospecho que en realidad no se trata de que haya cambiado. Sino, más bien, que he recuperado mi forma de sentir. Que he vuelto a los orígenes. A un estado prístino. Justo en mi adolescencia.

Así están las cosas. Y no te escandalices, Señor. Pues tu enviado me ha dicho “Ven y sígueme”, pero tú no lo has impedido en tu omnipotencia. Por tanto, en tu omni-sapiencia, debes saber que, llegado el momento, yo lo dejaré todo y lo seguiré. (*Mira el reloj.*) Y ya no falta mucho tiempo. (*Se atusa.*)

¡Dios mío, qué caliente estoy! Es como si hubiera regresado a mi adolescencia. Ya te digo. (*Ríe.*)

*Se hace una coleta con una pulsera elástica verde, que guarda en una pastillero, pulsera que se supone la pulsera elástica de los “paracas”.*

Y es que... ¿Por qué, señor, me he ruborizado como una colegiala cursi, cuando ese tipo me ha comprado un obsequio en el mercado?... Un obsequio que no ha sido la típica cajita de bombones de supermercado.

Su obsequio ha sido un cucurucho de papel alimentario, un cucurucho que él me ha ofrecido lleno de altramuces y que me ha hecho sonrojar...

Y por lo que me he sonrojado es... porque él en realidad no los ha llamado altramuces, no; porque los ha llamado "chochos". Sí, los ha llamado ante mí y hacia mí de esa animal forma.

Los ha llamado "chochos" y lo ha hecho sin preguntarse antes ni mirar en la Wikipedia a ver cómo se llamaban más finamente en árabe o en griego... No ha sido fino, sino que, indolente y provocativo, me ha soltado su regalo envenenado con su nombre chabacano y picante.

Y por eso me pregunto y te pregunto: ¿Por qué yo, en lugar de ruborizarme y quedarme paralizada, no le he aguantado su mirada sonriente y segura, su mirada ávida de juego...?

¿Por qué yo no le he dicho que tuviera cuidado con su lengua?... ¿Por qué no le he advertido seriamente de que estaba siendo un grosero, tal y justamente como le hubiera reprendido a mi marido de haberme dicho tal cosa, o por muchísimo menos?

Aunque, he de confesar, que prefiero haberme ruborizado yo, demostrando mi fragilidad de señora educada... a que mi forastero retador me lo hubiera dicho delante de mi marido. Porque mi marido se hubiera ruborizado tanto como yo, pero al descarado no le hubiera dicho nada... Sólo me hubiera dicho a mí, discretamente:

"Vamos, cariño, entremos ya en casa: se está haciendo tarde".

Y entonces yo me hubiera ruborizado aún más. Y habría sufrido un ataque de extrema vergüenza por ser la esposa de este cobarde físico, verbal y moral. La extrema vergüenza de tener un marido que no le hubiera puesto firme al provocador, al gallito. Un marido que no sabe defender a su dama. Un marido que estoy segura de que hubiera añadido, para disculparse, que el forastero era un "buen salvaje" que no había recibido una educación... que era un ignorante que no sabía que esos frutos tuviesen otros nombres.

Sí, mi marido hubiera negado la evidencia con tal de no reconocer su cobardía y su indignidad ante el macho retador y potencial usurpador. Sí, incluso..., incluso aunque el tipo insolente e invasor hubiese añadido al chabacano nombre de su regalo unas palabras así:

"Toma, nena: que de lo que se come se cría".

Incluso, aunque el forastero me hubiera silbado a la mañana siguiente para que yo saliera a entregarle su móvil cargado, y tras su silbido me hubiera gritado:

“¡Buenos días, “Chochito”! ¿Has dormido bien? ¿Te has puesto ya guapa para tu forastero?”.

Incluso entonces, estoy segura, Dios mío, de que el cobarde y patético marido mío hubiera argumentado:

“No seas malpensada. Le habrá gritado así a su perro. Los tíos elementales llaman a sus perros con esos nombres. Les llaman ‘Pistacho’ si el perro es verde o les llaman ‘Chochito’ si el perro es de color amarillo”.

Sí, estoy segura de que mi marido me habría salido con esa burda excusa.

Mi marido es de esos hombres egocéntricos que no se plantean las paradojas de la vida, las paradojas femeninas, las paradojas de nuestro sistema femenino de valores.

Por eso no se me ocurriría decirle a mi marido que está muy equivocado conmigo. Que no me conoce. Que, si yo no apruebo las oposiciones, no es porque inconscientemente necesite seguir poniendo en el formulario “joven estudiante”...

Hay mejores formas de sentirse joven y viva. Sobre todo si te desean. Si canjean tu lencería usada por una nueva a causa de tu atractivo. Si un hombre monta un juego de cambalache para decirte que no es la lencería en sí lo que busca, que la lencería es anécdota, mero continente, que es a ti a quien adora: tu impronta, tu recuerdo etéreo, tu contagio animal y espiritual de reliquia en tu envoltorio...

Yo, Señor, no me siento joven por ser aún “estudiante”. No. Yo me siento joven si un forastero cambia de planes por mí; si un rudo nómada juega a no ser rudo conmigo; si yo soy la excepción, si soy excepcional para un hombre que tampoco es cualquier hombre.

Me siento joven si le digo a mi forastero que estoy preparando oposiciones y tengo que sacarlas como sea. Me siento joven porque mi forastero sí cree que yo ganaré mi plaza. Me siento joven porque mi forastero me ha prometido que podré estudiar en la roulotte, que nadie me molestará, y que él hará la compra y la comida y se encargará de todo. Me siento joven si le contesto que me gusta la idea... (*Sonriendo.*) y si le digo que no se le olvide traerme el cucurucho con los chochos.

Me siento joven y que soy la leche si mi forastero antepone mi victoria en la oposiciones al proyecto de su propia empresa.

Me siento joven si mi forastero me promete que me dejará el Ferrari. Me siento joven, y que soy la hostia, si mi forastero me dice que coja yo ahora el volante, que me ponga al mando del deportivo... y me repite que habla en serio, que lleve ahora yo el Ferrari, y no teme que lo raye o lo estrellé.

Me siento joven al saber que, si por mi inexperta conducción, yo estrellase el Ferrari, lo primero que diría mi forastero, apartándome el flequillo, es: “¿estás bien, Opositora?”, y luego llamaría a la grúa, y me diría “Tranquila, Opositora: era sólo un Ferrari de segunda mano. Compraremos otro: ¿o prefieres que compremos una Harley-Davidson?”.

Sí, él me llama “Opositora”. Y yo le llamo “Enviado”.

Esto te lo puedo decir a ti, Señor, padre y cómplice misericordioso: porque Tú has hecho la Naturaleza a base de espíritu y de química, tal como me hiciste a mí.

Pero esto nunca se lo dije a mi marido. Porque él me hubiera llamado “furcia idiota”. Y luego hubiera dejado de pagar mis clases de “falsa opositora”.

Hasta hoy he dependido de mi marido. He sido una mujer sin oficio. Porque tengo una carrera y un doctorado, pero sin empleo. Tengo carnet de conducir, pero no tengo práctica, porque no puedo conducir, porque no tengo derecho a nuestro Jaguar...

No, ya sé, Señor, que toda la culpa no es de mi marido. En casa de mis padres éramos muchos. Y es muy fácil cambiar una litera en una habitación interior y un baño para ocho por una cama con dosel y un baño propio.

Creo que huí de mi casa, que me acogí a la fórmula que había oído a mi abuela y a mi madre: “la carrera de la mujer es casarse”.

Sé, Dios mío, que mi matrimonio fue un castigo tuyo por no haber salido de la zona de confort, por materialista y preferir un buen partido y una casa con jardín y piscina y un coche de lujo... a la aventura, a viajar en un deportivo de segunda mano tirando de una roulotte y a pernoctar de descampado en descampado.

Sí, ha sido un castigo tuyo. Por eso mandaste tu plaga. Tu plaga y tu enviado me han abierto los ojos.

Mi matrimonio fue un error. ¡Que se case con su becaria! Y si él tiene sus becarias de las que tanto se queja con la boquita pequeña, esas becarias por las que va a la oficina, contento y puntual... También para nosotras, las mujeres, hay otros hombres.

Las mujeres decepcionadas que aún somos fértiles, no nos damos por vencidas. Entonces, nuestro software se activa y podemos abrir un nuevo programa de captación y de selección. Tú, Señor, dispusiste que nosotras las mujeres examinásemos a los hombres en unas duras oposiciones para seleccionar al más conveniente.

Las mujeres tenemos una memoria precisa que no para de cruzar datos y detalles. Detalles insignificantes, detalles de milímetros, detalles de un pestañeo de más, de un titubeo, de un ángulo de la barbilla, de una talla de zapatos... Detalles aparentemente nimios, pero en realidad decisivos. Nuestros parámetros y algoritmos prevén lo que va a hacer ese hombre, y lo que podemos esperar por tanto de su semilla...

Las mujeres somos responsables. Lo importante es el futuro, Señor: el futuro de tu proyecto supremo. Lo importante es con quien van a unirse nuestros genes, generación tras generación, por toda la eternidad.

Tú, Señor, hiciste nuestra cabeza aparentemente loca e impulsiva, pero en realidad es silenciosa y trascendente, en realidad es prudente, analista, evaluadora, es teleológica y presciente.

Tú pusiste, Señor, en nuestra cabeza el criterio infalible para la vida, para la salvaguarda de tu obra maestra... Tú, Señor, depositaste toda la responsabilidad en nosotras, así como en los hombres está toda la irresponsabilidad.

*Suena la alarma de su móvil. La mujer recuerda. Abre el bolso y saca un blíster con píldoras y una botellita de agua.*

No, no son pastillas para los nervios. Esas las he dejado. Y también las pastillas dopantes de las oposiciones.

Ya sabes para qué son las píldoras. Es por responsabilidad. Sí, ya sé que, para ti, Señor, es pecado. ¡Para ti todo es pecado! Pero, ¿qué quieres que haga: quieres que



tenga ahora un hijo? Y, ¿de quién habría de ser: del mierda de mi marido... o de tu enviado?

Del mierda de mi marido, ¡ni en sueños! ¡Tendría que volver a nacer! Y de mi forastero... ¡Stop! No tan deprisa. Antes quiero vivir la vida que Tú me has dado... Quiero gozar, sacar partido a mi complejo sistema nervioso por ti creado... Y para eso no se necesita ir a las Seychelles. Una pradera en un descampado ofrece oportunidades más excitantes, o el tendedero de una azotea, sin ir más lejos... Lo importante es la talla, la talla de hombre... Y no sólo me refiero a la espiritual, por supuesto, que no: el placer es también cuestión de talla. Seamos honestas, dejémonos de corrección política, ¿cómo que “el tamaño no importa”? ¡nada más hay que ver el mega-tamaño de los consoladores que nos fabrican y venden por Internet!

No sé si mi aventura durará un día... un año... o será para siempre. No sé si el nuevo hombre aprobará las oposiciones, o será un simple interino en mi camino de perfeccionamiento.

Lo que sí sé es... que después de este fin de semana que planeo, y que va a ser mucho mejor que mi reciente viaje de novios... ya descansada y muy relajada y motivada, decidiré algo.

Ser mujer no es sinónimo de renunciar a todo. Es cuestión de planificación. De planear bien este viaje vital. Y, claro: de no tener al lado ningún marido castrador negándote el coche y presionándote para que le perpetúes su linaje de pijos hiper-motivados y mega-estimulados a costa de tu derecho a ganar unas oposiciones.

He tenido muchas dudas. Los insomnios no eran por las termitas: eso era la excusa, lo que le decía a mi marido. Y él, tonto, volvía a llamar al forastero. Y él, más tonto aún, pagaba al forastero para que no quitara ojo a la casa, para que se quedase unos días más. Cosas de mi marido. Sólo dedica tiempo a su trabajo. No tiene tiempo para ser celoso. Es un adicto al trabajo.

Las mujeres queremos que se nos haga caso. Queremos que se nos eche de menos. Nos gustan los muchachos honrados y trabajadores. Pero no los adictos al trabajo. En todo caso, los adictos a nosotras. Y, sí, es verdad que en la calle queremos sociedad y formas... pero en la alcoba, queremos intimidad y desenfreno. Las mujeres somos difíciles. Pero no contradictorias. Sólo paradójicas.

La vida es compleja y a menudo está escrita en clave paradójica. Y tú, Señor estás detrás de todas esas ocultas paradojas y detrás toda esa química con apariencia de psíquica. Y por eso te pido consejo, guía, una pista, que me inspire.

A menudo no entiendo nada, pero confío en ti, Señor... me dejo llevar, me fío de la intuición y del instinto que Tú me has dado. Y siento que todo fluye, con suavidad y optimismo...

He pensado mucho desde que me dio el ataque. Y ahora no me refiero al ataque de las termitas, propiamente dicho, sino al ataque que vino después. A mi ataque de desamparo. A mi ataque de desesperación e impotencia. A mi ataque por sensación de abandono y desprecio, por desatención de mi marido. Tú fuiste testigo. Recuerda que yo lo llamé por teléfono, aterrada. Recuerda que él se excusó, como se excusa siempre. Recuerda lo que me dijo:

“Cariño, voy a entrar en una reunión. Tranquilízate: en dos horas ya estoy de vuelta. Te quiero, *bye*”.

¡Ese marido irresponsable y desatento me colgó el teléfono!

Han sido unos días muy intensos, de muchas revelaciones...

Sí, la plaga y tu Enviado no pudieron ser más oportunos. Porque nos íbamos a poner a encargar nuestro primer hijo ese mismo fin de semana, esa misma noche. Y probablemente, con el champán, las fresas, el marisco... y también el recuerdo de las recientes playas nudistas... o de su misma becaria, habríamos procreado ese fin de semana, esa misma noche...

Y yo comencé mi radical “cambio de planes” casi desde el primer momento de llegar el forastero... Me refiero a cuando mi forastero entró en acción eficazmente, evacuando a la población vulnerable y atacando letalmente al enemigo invasor...

El caso es que, cuando yo ya estaba tranquila, pues llevaba ya un rato desahogada tumbada en la hierba, se ve que la sangre me estaba irrigando bien la cabeza y me había hecho pensar... Pensar filosóficamente... Quiero decir haciéndome preguntas, poniendo todo en tela de juicio.

Y comencé a dudar. A replantearme mi sistema de valores y sensaciones... a reconocer mis verdaderas necesidades y sus soluciones.

Y comencé comparar. Y comencé a elegir. Por ejemplo qué gesto había dejado en mí más huella. Si cuando el día de la boda mi marido me cogió a duras penas en brazos para cruzar el umbral de nuestra casa, como manda la romántica tradición... *(Ríe.)* Fue ridículo, no me había pasado nada más ridículo en mi vida *(Ríe. Al fin seria.)*... Si ese ridículo y fallido gesto de masculinidad de mi marido era lo que yo necesitaba y yo quería... O era lo contrario, lo que hizo tu enviado... Me refiero a que el hombre alto y vital como Cortázar me cogió en sus brazos, sin aparente esfuerzo y me sacó en volandas de la maldita casa en la que no debí entrar nunca.

Cuando mi marido me abandonó a mi suerte con las termitas, quise decirle al forastero que llamara él a mi marido, que insistiese para que viniese inmediatamente.

Pero no lo hice. No quise ser egoísta. La lógica y la moral y mi sentido de justicia me decían que mi marido estaba trabajando muy duro para pagar mis oposiciones y la hipoteca de la casa y las letras del superviaje de novios a las paradisíacas Seychelles.

Por eso yo no tenía derecho a volverle a llamar. Porque además yo ya estaba a salvo. Y, siendo justa y sincera, yo estaba muy a gusto y tranquila con aquel hombre rudo y sin contemplaciones... el hombre que estaba dentro de la maldita casa, mandando al infierno a las termitas, poniendo en práctica el lema militar que rezaba junto al logo de su empresa:

“POR ENCIMA DE TODO ESTÁ LA MISIÓN”.

Eso decía su lema de paracaidista: “La misión”. Y a mí me gustan los hombres con una misión. Una mujer sólo debería fiarse de un hombre con una misión inquebrantable.

Y, entonces... se ve que, tumbada, ya tranquila y desinhibida, empecé a asociar; a asociar a mi marido y al perro. Y, tanto mi marido como el rottweiler, me parecían efectivamente algo meramente decorativo y sin misión. Algo prescindible. Algo de lo que no me sentía ciertamente orgullosa. Algo fruto, tal vez, de una decisión equivocada, precipitada, inducida y condicionada por mi educación y porque lo tenían mis amigas: Un marido ejecutivo, una casa grande y un perro guardián tan grande y tonto como nuestro rottweiler.

Y lejos de planes y de compras, ahí tumbada y relajada, sintiendo todavía la fuerza salvadora de ese hombre en mis muslos y en mi espalda... y yo diría que también de sus dedos, rozándome fortuitamente el pezón de mi pecho izquierdo... y sintiendo, claro, su aliento y su sudor de adrenalina y testosterona...

Ahí tumbada, con la mente en blanco, como “reseteando” para alcanzar la lucidez, comencé a pensar en no pensar tanto... quiero decir en comenzar a sentir, a sentir como debe sentir una mujer... a escuchar mi esencia de mujer desde mis adentros. Y cuando digo “mis adentros”, digo lo que me late íntima y esencialmente como mujer... y no me refiero a esa cursilada de “lo eterno femenino”. Las mujeres no somos musas, ¡por Dios!: las mujeres necesitamos vibrar todos los días.

Ha tenido que venir tu enviado, Señor, para descubrir mi femineidad sepultada por años de estudio, de tesinas, de tesis y de refranes familiares.

Ha tenido que venir un hombre que va de frente, que toma sin engañar, para descubrir mi dignidad de mujer que tampoco engaña... de mujer que ahora abjura y reniega de su veneración a la cultura y a lo eterno universitario.

Ha tenido que venir el caballero rodante para que yo aborrezca a los poetas cursis y su “eterno femenino”, con una sola excepción: Cortázar... Cortázar y su uno noventa de altura, con su correspondiente lengua... Cortázar pornográfico, Cortázar niño-grande, Cortázar ligón y superviviente en Francia... Cortázar de ojos vitalistas y lengua argentina aún más vitalista... Cortázar grandullón y su lengua juguetona de palabras come-tarros...

Señor, ahora detesto toda esa soberbia intelectual que malinterpreta tu voluntad y las leyes de la vida que Tú creaste. Leyes que, hasta este momento, yo no había comprendido en su profunda sencillez.

Tuvo que venir tu enviado para saber lo que el amor no es. Es obvio que el amor no es hacer carantoñas. El amor no es decir a cada poco “te quiero” o “te adoro”. El amor no es celebrar aniversarios. El amor no es grabar en un pedazo de oro cursi una fecha cursi y unas iniciales cursis.

El amor es atención, es respuesta... Amor es seguridad y garantía de futuro... Nada es un amor verdadero y efectivo si no va acompañado con acción, con protección: ¡con una mano en el muslo y otra en el pecho, elevándome al cielo y alejándome del infierno..., tal como hizo tu enviado!

Y entonces... sólo entonces, el amor pasa a ser placer, felicidad y locura... Y luego, pueden venir los planes, la determinación de seguir juntos y andar un mismo camino...

*Pausa en que cobra aire.*

Nada es amor si él no va envuelto en ese olor como a pólvora, que es emanación del ímpetu... Me refiero a ese perfume como de keroseno muscular... Ese olor de efectos calmantes... Un olor que, si bien no merece venderse en perfumerías selectas, sí desde luego deberíamos adquirir todas las mujeres en las farmacias, como remedio infalible e instantáneo contra nuestra ansiedad y zozobra, contra nuestro miedo y sentimiento de desvalida soledad... Un olor que, desde entonces, asocio a mi salvación, a mi seguridad, a mi confort, a mi calor, a mi provisión...

Precisamente todo lo que no he sentido con el contrato matrimonial blindado hasta la muerte, ni con la póliza Premium de garantía ilimitada, ni con esta casa de calidad AENOR, ni con el perro entrenado por expertos en perros asesinos... Ni, sobre todo, con el marido de apellido compuesto y pelo rubio lacio: pelo rubio lacio que ahora no me parece de clase alta, sino más bien un pelo debilucho de hombrecillo intelectualoide sin media hostia.

Gracias a ti, Señor, ya estoy segura. Ya sé lo que quiero. Ahora siento para lo que estoy hecha. Todo encaja. La vida es tan fácil, como que encaje bien lo que tiene que encajar. Sin forzar. Sin engaños. Sin lubricantes. Fluyendo... Así es tu Orden.

Como estoy segura de que esta misma noche, tal como me ha indicado el forastero, con instrucciones fáciles, a las que no me he opuesto, subiré a su coche, viendo que todo fluye y la vida es tan sencilla y llevadera...

Y nos iremos lejos y para siempre de este hogar mancillado; lejos de este chalet de setos marcados con la meada territorial de otro macho mejor: un macho arriesgado, seguro, firme, petulante, desafiante, poderoso, estimulante y digno.

Sí: digno. Digno de dejar su impronta de futuro en esta mujer cansada de pijos y de niños; en esta mujer de carne y hueso y también dotada de un sentido común infalible y de una implacable memoria; en esta mujer que ha tenido una revelación y ahora sabe distinguir entre la tranquilidad de un matrimonio garantizado y con una buena cuenta corriente... y la verdadera tranquilidad de estar junto a un hombre que se viste por los pies y que no le tiene miedo a nada.

*Suena el claxon de un Ferrari, con tres toques en secuencia de contraseña. La mujer se estremece.*

Oooooh, Dios mío, ¡cómo juegas conmigo...! Es oír el claxon de ese coche, y me derrito... segrego sin remedio como el perro de Pavlov...

*La mujer saca de su bolso de mano un frasquito de perfume “Baiser volé” de Cartier. Se perfuma tras las orejas, en el centro del pecho, en el dorso de ambas muñecas, y luego se vuelve, pudorosa, de espaldas a la presunta imagen sacra, se levanta la parte delantera de la falda, y se echa un spray. Agarra el bolso de viaje y se lo coloca correal al hombro.*

Ya no tengo miedo a conducir. (*Entusiasmada de pronto.*) Mi forastero me ha dejado conducir el Ferrari. Ya lo he probado. Es excitante conducirlo. ¡Conducir un Ferrari tiene un efecto de empoderamiento!

*Vuelve a sonar los tres toques de claxon de un Ferrari.*

Ooooooh, Dios mío... Amo ese coche. Su velocidad me hace sentir libre. Y su color rojo me hace sentir viva. El Ferrari huele a cuero y a colonia de barbería... y ahora huele también a mí y a mi *Beso robado*.

*De nuevo, los tres toques de claxon.*

*Se dispone a salir con el bolso. De pronto se vuelve para concluir.*

¡Es el coche de mi libertad!

Quiero salir de este pueblo conduciendo el Ferrari, a plena luz del día, delante de sus narices.

Tocaré el claxon para decirle ¡adiós! Tocaré una, dos, tres veces:

¡Adiós! Adiós! ¡Adiós!

*Vuelven a sonar los tres toques de claxon.*

*La mujer se santigua ante la presunta imagen sacra, hace una genuflexión rápida, vuelve a coger el bolso se viaje y sale.*

**Oscuro.**

**TELÓN.**